

SOCIEDAD ARTE ESPAÑOL

ANO X
 NUM. 79
 FEBRERO 1912

PROGRAMA
 REVISTA

Función para el sábado 24 de Febrero.

TEATRO DE LA COMEDIA

PROGRAMA

- 1.º Sinfonía.
- 2.º La comedia en dos actos y en prosa, original de D. Vital Aza, titulada

ROBO EN DESPOBLADO

REPARTO

Doña Nieves.....	Srta. Méndez.
Enriqueta.....	» Jiménez.
Matilde.....	» Granda.
Criada.....	» Lafuente.
Don Bonifacio.....	Sr. Yañez.
Pepe.....	» Frías.
Mañolo.....	» Montenegro.
Colás.....	» Muslares.

- 3.º El entremés en prosa, original de D. Sebastián Alonso, titulado

EL CHALÁN

Desempeñado por las Srtas. Granda y Jiménez, y el Sr. Montenegro.

- 4.º La comedia en un acto y en prosa, original del Sr. Parellada, titulada

LOS ASISTENTES

Desempeñada por las Srtas. Méndez y Jiménez, y los Sres. Montenegro, Frías Torres, Pereda, Sainz y Fernández.

A las cuatro y media en punto de la tarde.



DESPEDIDA

ÍNTIMA



Mis muy queridos y respetados consocios:

Llegó el momento del descanso. Descansareis vosotros al dejar de verme destrozr comedias; y descansaré yo del continuo ajeteo de ensayos y funciones.

Ha llegado, ¡por desgracia! el momento de pensar en algo serio y de dedicarme á ese algo que hemos convenido en llamar porvenir.

Bien sabe Dios que me cuesta un disgusto grande, quizás el mayor que he tenido en mi vida, renunciar á los plácemes con que, injustamente, me habéis honrado de continuo.

Desde que tengo uso de razón, no recuerdo haber tenido otra afición que el teatro. Tan grande es y ha sido, que más que afición, fué un vicio.

Razones de indole privada me impidieron dedicarme á él de lleno. Tengo la seguridad de que, como actor profesional, no hubiera dado días de Gloria á mi Patria, pero, ¡con cuanto gusto hubiera pasado privaciones con tal de ser cómico como vulgarmente se dice!.....

En fin, mi buena ó mala suerte, quiso que fuera así y ya no es ocasión de lamentaciones, sino de pensar en la parte práctica de la vida; en la prosa vil y tratar de ser un *honrado burgués*.

No sé si tendré la fuerza de voluntad que necesito, que es mucha, para renunciar definitivamente al Arte de Talía: Tal vez, algún mes, no pueda contenerme y solicite tomar parte en la velada, aunque solo sea para sacar

una carta, pero de todos modos esta asiduidad, esta constancia, esta serie no interrumpida de obras, termina con la velada de Febrero. En ella os doy el adiós como individuo del Cuadro. Como socio no; sigo y seguiré mientras nuestra querida Sociedad viva y mientras tenga un solo socio, con él estaré yo.

Sé de sobra que esta despedida, resulta tonta, puesto que ni nadie me ha de echar de menos, ni nadie volverá á acordarse de que yo existí; pero mi excesivo cariño por ARTE ESPAÑOL, me obliga á dar esta nota de sensiblería cursi; quise por un momento hacerme la ilusión de que soy uno de esos grandes actores á quienes la noche de su despedida el público obliga á hablar. ¡Perdonadme, esta fantasía en atención á que será la última!

Yá me despedí; *yá hablé* y solo me resta pedir os que no me guardéis rencor por los malos ratos que seguramente habreis pasado oyéndome en los ocho años que llevo en el cuadro activo.

Mi agradecimiento es inmenso. En principio me alentásteis; después me tolerásteis y luego yá en el colmo de la complacencia y la bondad, me aplaudísteis. ¿Cómo pagaros?

Contad siempre con el incondicional afecto, (única moneda en que se pueden pagar deudas de esta clase), de

MONTENEGRO.

Á TU ENCAJE DE BOLILLOS

Qué envidia tengo, chiquilla,
á tu encaje de bolillos
de veras, me cambiaría,
por uno de los palillos
con que tú haces
el encaje de bolillos.

Ya llevas hechas tres varas,
cuidado que eres activa,
trabajadora y barbiana;
me gustas más que el bolillo
que fabricas
con tus manos soberanas.

Paso todas las mañanas
por la casa, donde vive
mi tesoro,
que eres tú.

Siempre miro á tu ventana
y te veo más ufana
que las flores entreabiertas,
más despierta
que las madres cariñosas
que adormecen á sus hijos
con un beso
en sus párpados de rosas.

Y eres tú,
la que vistes, primorosa,
siempre con tu traje azul,
la que encantas mis deseos,
mis anhelos,
la chiquilla más preciosa:
la graciosa.

La que siempre entretenida
con su encaje de bolillos,
me dirige una mirada desdeñosa
al pasar por su ventana

cual si viera interrumpida
por mis ojos
su labor de filigrana.

Yo prosigo mi camino
y, al llegar á la oficina,
me enfrasco en el torbellino
de expedientes, que me esperan.
Pensando con ansiedad
si á la mañana siguiente
me mirará dulcemente
la tirana;
ó si seguirá inclemente
entregada á su labor,
sin pensar en un bolillo
que le falta,
y que soy yo.

L. MARTÍNEZ GIRALDEZ.

CARNAVALADA

EN EL BAILE

I

ELLA.—¿Me querrás siempre?

EL.—Toda mi vida (*pausa*) ¿Y tú á mí?

ELLA.—Antes se cegarán mis ojos, estos ojos que son para tí toda tu ilusión, por el llanto, que dejar de quererte.

EL.—Amor mío.

ELLA.—(*dá un suspiro entrecortado y le mira extasiada*).

La orquesta preludia un vals y la feliz pareja se confunde entre el bullicioso tropel de máscaras que rinden al dios Momo culto frenético.

II

Han pasado unos años, no muchos.

En el mismo baile se encuentran *Ella* unida ya á otro hombre al que juró fidelidad eterna ante los altares —la mujer no se arredra ante juramento más ó menos— y *Él* vagando á la ventura, buscando acaso entre el laberinto de Colombinas, Bebés, Pierrots y Locuras á la que con su perfidia truncó sus ilusiones.

Por fin se le acerca una máscara elegante; el antifáz deja adivinar un rostro hechicero y una mirada de pasión fulgura en sus ojos rasgados.

ELLA.—Gracias á Dios; creí no encontrarte.

EL.—(*con extrañeza*) ¿Me buscas? ¿Quién eres?

ELLA.—¿No te lo figuras?

EL.—(*indiferente*) No.

ELLA.—(*despechada*) Siempre su desprecio. ¿Porqué no me querrá?

Y eternamente estas escenas se repiten y un año y otro, los bailes de máscaras nos hacen soñar con el encuentro dichoso de la virgen que como dice la parábola ván con su lámpara encendida en busca del amparo apetecido.

Y ellas y ellos van locos dando vueltas en la mascarada de la vida sin pensar que; como dice Benavente, habrá quién pase á nuestro lado solicitando solo una palabra de cariño mientras nosotros vamos ciegos tras lo imposible.

JUAN VILLASEÑOR.

Crítico de teatros de "El Ejército Español" y "Eco Artístico."

SUPERSTICIÓN

Hace mucho tiempo, un día. se me acercó una gitana, y llamándome mil cosas, de esas que con tanta labia tan de memoria se saben, me dijo:—¿Qué *tié* tu cara?
¿Por qué estás *entristesío*?
¿*Arguna* mujer te engaña?
¿Quieres que yo te adivine *toito* lo que á tí te pasa?

Anda, saca una *perriya* y colócala en la *parma* de la mano, y *enseguía* te digo quién es la causa de tus *peniyas*, moreno, que me vas á dar las *grasias*.

Tú estás loquito *perdio*, por una hermosa muchacha, á quién no has dicho *toavía* que la llevas en el *arma*.

Tú no duermes, tú no vives, tú quisieras que *asertara* ella lo que estás sufriendo, aunque no la *dises* nada.

Y sé que es una morena, con unos ojos que abrasan, y una cara tan bonita, que mil *veses* la comparas con aquella Macarena que veneran en Triana.

Pués has de saber *chiquiyo*, que aunque tus amores *cayas*, ella sabe que la quieres, pues tus ojos te delatan.

Y sabe cuando la miras, lo que *disen* tus miradas; y estoy segura, segura, que no pasa una semana, sin que tú mismo la digas las *fatiguiyas* que pasas.

Anda, da al *churumbeliyo* una moneda de plata, y *entonse* sí que te digo una cosa que te *farta* saber para ser dichoso, y que es *toita tu esperanza*.

Dios te lo pague, rumboso. Pués *miá*, lo que me *farmaba desirte*, es que tu morena también te quiere, y aguarda que tus *peniyas* la cuentes, *pa* derrochar *toá* su *grasia*, contestándote *¡chiquiyo!*..... ¡creí que no reventabas!

— Más que andando, fui corriendo, con dirección á mi casa, y en unos cuantos renglones, te dije que te adoraba.

Y cuando me iba temiendo que me dieras calabazas, me hiciste el ser más dichoso, con una sola palabra.

Bendito sea aquel día en que alcancé dicha tanta, y bendita sea la boca de aquella pobre gitana, que acertó cuando me dijo ¡que te llevaba en el alma!

ANTONIO DE BEASCOECHEA.

EL AMOR QUE PASA

Sí, allí estaba. En la otra acera, apoyado en el farol que con su mortecina luz alumbraba aquel trozo de la calle, se encontraba él. Con la vista en la casa, recorríala en todos sentidos, buscando sin duda,—pensó Irene,—el balcón de ésta.

No encendió luz: quiso á sus anchas, tras las entornadas maderas de las persianas, observar al que en la calle esperaba. Le veía, y á sus ojos se presentaba gallardo, gentil, y la misma luz del farol, sobre su cabeza, le envolvía haciéndole aparecer como rodeado de una aureola.

Le encontró en la calle, cuando de regreso á casa volvía con su madre. La primera vez, al verle caminar por la opuesta acera y en su misma dirección, no se le ocurrió fuera en su seguimiento. ¡Tan poco acostumbrada estaba la pobre á ello! Sin ser fea, poseyendo, por el contrario, un rostro agradable y expresivo; era su figura tan desvaída y sutil, que siempre pasaba inadvertida en las pocas partes á que la en sí continua enfermedad de su madre la permitía asistir.

Con el disimulo femenino y valiéndose de las lunas de los escaparates y de otras ingenuas martingalas, que sólo por ser mujer conocía, notó cómo el joven, siempre paralelo á ella, la miraba y su corazón, subiéndosele á las mejillas, las encendió en mil colores. Una sensación entre

de aturdimiento y vanidad la dominó, y entonando cuanto pudo su figurilla, prosiguió su camino.

Sin duda alguna, el mozo la seguía sin perder la distancia que los separaba. Volvió Irene varias veces la cara disimuladamente, y siempre le veía en el mismo sitio. Anduvieron calles, doblaron esquinas, y viendo la niña la asiduidad del joven, perdió el temor y volvió francamente la cara en su dirección: y él fijó sus ojos en los de ella.

Así llegaron á casa. El corazón, lleno de juveniles ensueños, le saltaba en el pecho, y en su imaginación una novela de amor se iba dibujando para el porvenir. Abrieron la cancela del portal, entraron y, con el pretexto de cerrarla, miró á la calle. Era la prueba definitiva; ¿seguiría él andando? ¿Esperaría á verla en el balcón? Un pequeño instante de temor la sobrecogió, pero duró poco; el muchacho, frente á la puerta, miraba hacia la casa como pretendiendo averiguar cuál era la mansión de su adorado tormento.

Ya arriba, la madre, que veía también en el feliz encuentro la probabilidad de un casamiento, marchó á su habitación dejándola á sus anchas para correr al balcón. Así lo hizo, y allí estaba él. Dudó un momento, vacilante ante la suprema demostración de simpatía de mostrarse asomada. Decidida por fin, dió un paso, pero un ruido la detuvo. En el balcón fronterizo se abrieron las vidrieras y la pobre Irene vió á su galán avanzar al centro de

la calle y le oyó exclamar con cariño:

—Buenas noches, nena.

Y una voz femenina le respondía desde adentro fingiendo enfado:

—¡Has tardado mucho!

Al oírlo, al notar que á quien creyó su cortejo no era ella sino otra mujer la que hasta allí llevaba, sintió ese pesar inconfundible que la pérdida de las ilusiones proporciona, sollozando internóse en la casa á reanudar su triste vida, un instante iluminada por la esperanza de una pasión.

LUIS DE CUENCA.

COSAS DEL AMOR

¿... Ó CUENTO?

Es muy frecuente que el sexo débil crea á los hombres seres egoístas, que no sienten el amor, y afirma en determinadas ocasiones que buscan en la mujer, con la compañera de su vida, el medio de asegurar una posición más elevada que le permita una existencia más desahogada y feliz.

No sería justo negar en absoluto que esto no ocurra alguna vez; pero tampoco puede afirmarse con carácter general; porque sería tan exagerado como asegurar que siempre nuestra amada y bella mitad sea la heroína del siguiente caso, que parece cuento:

Luis sentía la nostalgia del amor y la fatalidad parecía privarle de

este placer... Niño perdió á su padre; joven aún se vió privado del amor de su madre, no quedándole otra familia que una hermana; mas, por diferencias de carácter no se querían con el cariño recíproco que á parentesco tan próximo corresponde.

Hijo de modesta familia, cursó con mil apuros el Bachillerato, que estudió con aprovechamiento. Llegado el momento de elegir profesión, su amor á la gloria y despreocupación al sacrificio, le indicó la hidalga profesión de las armas, la que hubo de renunciar, y con gran pesar suyo tuvo que sustituir la espada por la pluma y el brillo del uniforme por la obscuridad de una oficina, que le proporcionaba un modesto sueldo, prometiéndole un nada risueño porvenir.

Con la carrera renunció los combates sangrientos; más su espíritu inquieto y aventurero se dispuso á luchar por el amor del que aún podía disfrutar, creándose una familia mediante el matrimonio. Varias veces solicitó amores creyéndose sinceramente enamorado y no faltó quien se los mintiera aceptando los suyos; entre otras, Eloisa, mujer de soñadores y bellos ojos negros que se adueñó por completo del corazón de Luis sin oposición de su familia que no tuvo otro remedio que rendirse á las estimables cualidades que él poseía.

¡Como la amaba! ¡Lástima que su poca fortuna no le permitiera realizar el enlace deseado! Porque Eloisa

estaba dispuesta á ser la esposa de Luis en cuanto lograra los medios necesarios para sostener su hogar con el decoro que les correspondía.

La realidad enseña que no consigue vencer quien lucha más y con mejores armas, por esto, Luis que era un luchador denonado y que se había procurado muy excelentes medios de combate no conseguía triunfar sino en pequeñas batallas que servían solamente para alentarle y confiar en sí mismo para llegar al logro de sus nobles propósitos; escaramuzas, que le permitían esperar con fé el anhelado día que había de tener quien le acompañara á desafiar las penas y contratiempos de la vida. ¡Que colmo de felicidad! ¡¡No estar solo!!

Las personas ajenas á estos amores, ¡que gentecitas! creían ver que á cada triunfo de Luis correspondía un apasionamiento de Eloisa, tan pronto terminado, como veía que no era el definitivo.

Un amigo de Luis se atrevió á hacerle notar esta conducta inconsecuente, creyendo probarle su buena amistad; pero Luis, indignado y ciego, protestó. ¿Quién era el osado que se permitía dudar del cariño de Eloisa? de ¡¡¡su Eloisa!!! que le amaba mucho y á quien él correspondía con toda su alma... No toleraba que nadie se permitiera hacer suposiciones que parecían en mengua de su ídolo.

¡¡Pobre Luis!! Eloisa estaba enamorada realmente; mas no de él... Amaba, sí, á un esposo. ¡Qué le im-

portaba quién! con tal de que lo fuese pronto y la prometiera una existencia regularmente cómoda.

Seguramente, como es digno de que así suceda, se casará Luis con alguna que le amará de verdad y le hará gozar, siendo ella dichosa, la felicidad que Eloisa le hizo entrever y renunció á disfrutar en su compañía, por unirse con otro que tenía la ventaja sobre Luis de presentarse á ella vencedor.

El ingénuo Luis aprovechará este desengaño como dolorosa lección y en lo sucesivo no se creará verdaderamente correspondido, mientras no pueda acompañar sus bellas cualidades de las pesetas suficientes para rodear el amor de algunas mujeres, de sedas, gasas y joyas que deslumbren y pregonen su victoria. Porque esta es la verdadera felicidad que hace suspirar á algunas ¿desinteresadas? de quienes Dios libre al narrador.

I. G. PUIGDEVALL.

NOTAS DE SECRETARIA

Han ingresado en la Sociedad en el presente mes, los Sres. siguientes:

- D. Alejandro Neuroni.
- D.^a Josefina Wicht.
- Srta. M.^a Dolores Frías.
- D. Manuel Herraiz.
- » Ramón Herraiz.
- » Cipriano Carbonell.

El Secretario,

J. ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

Secretaría: Luna, 29.—De 2 á 4

Tip. J. B. Cerezo, Santo Tomé, 4.—Madrid